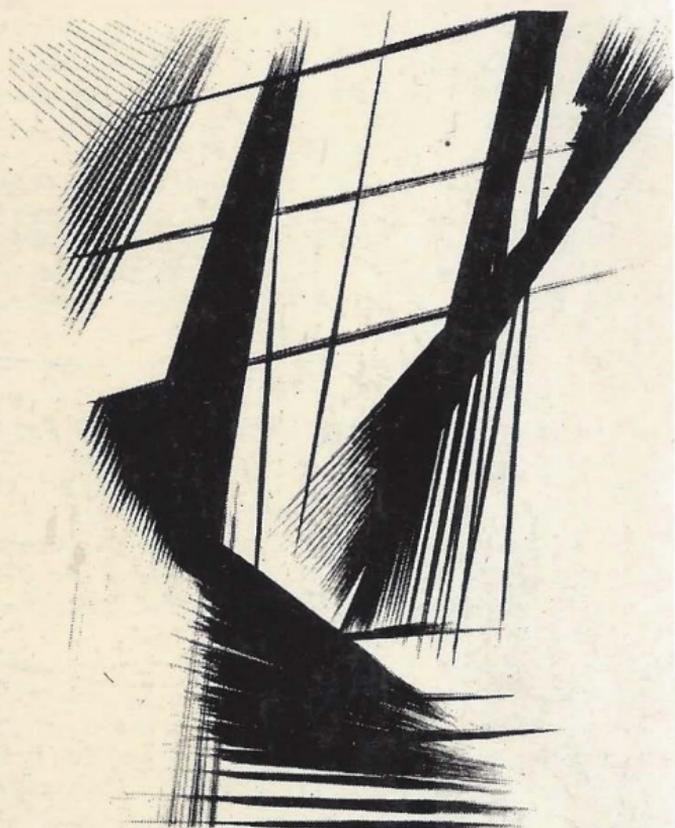


josé carlos mariátegui



LASKE

II

FIGURAS  
Y ASPECTOS  
DE LA  
VIDA MUNDIAL

## EL PROBLEMA DEL DESARME\*

El complicado proceso de la conferencia tripartita de Ginebra para la limitación de los armamentos navales, revela el carácter abstracto y teórico que tiene hasta hoy la idea del desarme. No es improbable que el resultado paradójico de estas y otras conferencias sea para algunos países la necesidad de aumentar sus construcciones navales. El Japón, —que no se caracteriza por cierto en nuestra época como un Estado pacifista—, encuentra inaceptable el tonelaje sobre el cual están dispuestos a entenderse Inglaterra y los Estados Unidos.

En estas conferencias no se trata de desarme propiamente dicho, sino tan sólo de limitación de armamentos. Ni sus debates ni sus acuerdos miran a asegurar la paz. Aspiran apenas a establecer un equilibrio que evite, por un período dado, una competencia desordenada en las construcciones navales.

Las grandes potencias buscan el acuerdo respecto a los armamentos por razones esencialmente económicas. El trabajo de estabilización capitalista que del plan Dawes condujo al tratado de Locarno, exige ahora una reducción en los gastos navales de las potencias. Esta exigencia es especialmente imperiosa para Inglaterra que se esfuerza por adoptar una política de severas economías fiscales. Estados Unidos, empresario de la civilización europea, tiene por su parte que renunciar a toda exageración de su

---

\* Publicado en **Variedades**, Lima, 16 de Julio de 1927.

política armamentista que ponga en peligro las finanzas europeas, en cuya convalecencia se encuentra profundamente interesado por el crecimiento de sus acreencias e inversiones en el viejo continente.

De esta angustiosa necesidad de la economía capitalista y no de los principios de la Sociedad de las Naciones —y mucho menos del llamado espíritu de Locarno, a cuyos más conspicuos intérpretes ha tocado esta vez el premio Nobel de la paz— nace el difícil debate de la limitación de armamentos. Los Estados capitalistas, en especial los europeos, han menester de un período de prudente parsimonia en los gastos de barcos o cañones. No renuncian, absolutamente, a su derecho a hacerse la guerra en el porvenir. Sólo están más o menos acordes en suscribir un statu quo de pacífica rivalidad.

Pero el problema de la limitación de armamentos no es, prácticamente, un problema fácil de resolver. De un lado se opone a su solución la competencia de los imperialismos. De otro lado la estorba la propia organización industrial de las potencias. Desmovilizar la industria de guerra en una época en que las industrias de paz, si así es posible calificarlas, atraviesan una dura crisis de superproducción y **chômage**, resulta una empresa quimérica. Ciertamente que nadie habla de desmovilizarla en grande, del mismo modo que nadie habla de desarme sino de limitación de armamentos; pero su tendencia al crecimiento no permite prever hasta qué punto sea posible frenarla, sin engendrar otros problemas de desequilibrio en el plano económico.

Definitivamente tramontado el período de las esperanzas wilsonianas, la elocuencia pacifista de Paul Roncour y de los demás grandes retores de la democracia, no basta para que el mundo se encamine hacia la paz y el desarme. Los

grandes Estados capitalistas han entrado, fatal e inevitablemente, en la fase del imperialismo. La lucha por los mercados y las materias primas no les permite fraternizar cristianamente. De modo inexorable, los empuja a la expansión.

¿Quién puede creer seriamente garantizada la paz europea mientras el Estado fascista cifre en la guerra y, en todo caso, en la fuerza la realización de sus ideales imperialistas? El último discurso de Mussolini no consiente, a este respecto, ninguna ilusión pacifista. Mussolini prepara a su pueblo material y espiritualmente para la guerra. La suerte del Estado fascista es inseparable de los resultados y consecuencias de esta política. El **duce** del fascismo sabe que no es el momento de lanzar a Italia a una aventura. Oportunista extraordinario, acecha su hora. Piensa íntimamente que el golpe de mano que lo convirtió en amo de los destinos de Italia hace cinco años, pueda tal vez repetirse en mayor escala. Por lo pronto se contenta con definir al espíritu fascista como un espíritu de guerra y de expansión. El Estado fascista impone al pueblo, en nombre de sus fines imperialistas, una disciplina militar. (Mussolini se ha puesto a la cabeza de la lucha contra el celibato. Y, en su último discurso, denuncia el peligro de los matrimonios estériles. Italia necesita ser dentro de veinte o treinta años una nación de sesenta millones de hombres).

Además de los imperios en acción, existen, pues, los imperios en potencia. Al lado de los imperialismos viejos, se oponen a la paz del mundo los imperialismos jóvenes. Estos tienen un lenguaje más agresivo y ardoroso que los primeros.

La limitación de los armamentos navales, discutida en Ginebra, puede parecerle a más de

un pacifista de viejo tipo un paso hacia el desarme. Pero la experiencia histórica nos prueba en una forma demasiado inolvidable que, después de varios pasos como éste, el mundo estará más cerca que nunca de la guerra.

## OCCIDENTE Y ORIENTE\*

No es, en verdad, infundada la tesis de que la corriente del orientalismo mesiánico desde hace algún tiempo se propaga entre los intelectuales y artistas europeos, acusa un sentimiento de decadencia, derrotismo y desilusión. En la actitud de algunos "orientalistas" sería excesivo ver otra cosa que legítima curiosidad por culturas y tradiciones, cuyo valor reivindican de un lado, el relativismo histórico, y de otro lado, el espíritu universalista, dominantes ambos en la inteligencia contemporánea. Pero en la actitud de otros "orientalistas" —de los que melancólica y súbitamente desencantados de Occidente, se vuelven ansiosos al Asia por pura decepción— aparece evidente la abdicación de las mejores cualidades creadoras del pensamiento occidental. El Occidente es, ante todo, acción, voluntad, energía. Su civilización es la obra magnífica de estas fuerzas que han alcanzado un grado místico de exaltación creadora. Por consiguiente, todo éxtasis morboso, ante los misterios asiáticos, no puede dejar de conducirla a la desilusión.

Desde este punto de vista, es indudable que la defensa de Occidente, aún como la concibe el neotomismo, presenta un lado positivo y contiene un principio de salud. El "orientalismo" en la medida en que conspira contra el activismo y el voluntarismo occidentales, constituye un veneno. (En la América Indo-ibérica, tan proclive al deliquio y la divagación, este veneno acentúa su toxicidad). Los "llamados del Oriente", más

---

\* Publicado en **Varietades**, Lima, 26 de Noviembre de 1927.

que una esperanza, traducen una desilusión. Representan un orientalismo capitoso y delicuescente a cuyos mirajes se entrega con facilidad no sólo la generación neurótica y desesperada de Drieu La Rochelle, sino también la generación más experimentada y menos inestable de Maeterlinck. Y aunque a su atracción son particularmente sensibles por su decepción rencorosa, las mentalidades reaccionarias, está observado que se rinden también a ella, enervadas por la estabilización capitalista, no pocas consciencias revolucionarias. Testimonio de esta nociva influencia, a pesar de las intenciones que atenúan su significación, es la invocación dirigida al gran Lama por los suprarrealistas franceses precisamente en los días de su aproximación al comunismo.

Mas, ni Henri Massis, ni ninguno de los ideólogos reaccionarios estudia con objetividad el orientalismo. En vez de esclarecer y demarcar sus alcances se entretienen en...<sup>1</sup>

tan los efectos de la obra de Spengler, Keyserling, Herman Hesse, etc., para atribuir a Alemania la responsabilidad del mal. Y, satisfecho su odio a Alemania, se obstina en seguida en identificar bolchevismo y "orientalismo", denunciando como un síntoma de relajamiento occidental, el gusto de la literatura rusa. Bolchevistas y emigrados —dice Massis— repudian el occidentalismo y se proclaman "euroasiáticos". Conclusión subjetiva y presurosa que reposa sólo en los sentimientos reaccionarios y chauvinistas de Massis.

Y si el diagnóstico es arbitrario, el remedio, como en anteriores artículos hemos visto, no lo es menos. El Cristianismo no puede repudiar

-----

1 Falta una línea en la publicación de **Variedades**; carecemos de original en nuestro archivo para completar este párrafo. (N. de las E.)

al Oriente sin disminuir su origen y su misión. El esfuerzo neotomista por consustanciar el catolicismo con la latinidad y asentar sobre estas bases únicas la cultura occidental, olvida que la doctrina cristiana vino de Palestina y que se nutrió en su infancia, según tienen averiguado sus historiógrafos, de los mitos orientales asimilados por los griegos. Y que la ruina de la civilización romana tuvo, sin duda, su principio en la decadencia del orden moral y jurídico sobre el cual descansaba. Más que neotomismo se reconoce neopaganismo en la tentativa que reivindica como valores primarios de la cultura occidental, el derecho romano y la filosofía aristotélica. El futurismo Marinettiano, antes de su absorción por el régimen fascista, se colocaba, franca y ultraistamente en el terreno pagano, estigmatizando como degeneraciones o supersticiones incompatibles con la modernidad las tendencias humanitarias y pacifistas y aun la moral cristiana. Pero el futurismo, que lógicamente no se proponía ninguna anacrónica restauración del Medioevo, partía de una radical y estridente condena del cristianismo y del Papado, en la que cualesquiera que sean sus contagios paganos, no osarían jamás acompañarle los neotomistas franceses o italianos.

No se encontraría tampoco entre éstos uno solo que no convenga en que el título moral de Occidente, para extender en el mundo, con su civilización, su autoridad, procede del Evangelio de Jesús y no de la tradición greco-romana, cuyo envejecimiento quedó prácticamente demostrado con la caída de Roma. Las cruzadas primero, la conquista de América después y todas las conquistas occidentales en seguida, como empresas del espíritu pertenecen a una civilización fecundada y elevada por el cristianismo. El derecho romano y la lógica aristotélica no habría bastado al Occidente en los últimos veinte siglos pa-

ra convencer al mundo de la superioridad de su cultura No le habrían bastado siquiera a Santo Tomás para elaborar la **Summa** que, sin el potente soplo cristiano, —oriental—, carecería ciertamente de virtud para engendrar hoy el neotomismo de Massis.

La precipitada definición del orientalismo como sucedáneo o equivalente del bolchevismo, arranca del erróneo hábito mental de solidarizar absolutamente la civilización occidental con el orden burgués. La revolución rusa, por mucho que su trayectoria la conduzca hoy al Oriente, no es en su espíritu un fenómeno oriental sino occidental. Su doctrina es el marxismo, que como teoría y como práctica no habría sido posible sin el capitalismo, esto es, sin una experiencia específicamente occidental. Lenin, Trotsky y demás líderes de la revolución rusa, son notoriamente hombres de inteligencia y educación occidentales. Su precursor teórico Plejanov, se caracterizó fundamentalmente como discípulo y expositor de Marx. Y si además de la de Marx, se nota alguna imponente presencia en la obra y el pensamiento de Lenin, es sin duda la de Sorel, francés, y occidental como Massis. Y como Massis, "burgués francés", agregaría Henri Johannet, empeñado en probarnos que la grandeza y la cultura y la aristocracia de Francia, son genuinamente burguesas, porque burguesía, para Johannet, no es la misma cosa que capitalismo.

El Occidente, sin Marx, sin Engels, sin Sorel, sin el socialismo teórico y práctico en una palabra, se habría ahorrado al bolchevismo. Marx —gritará el anti-semitismo de los reaccionarios— no era occidental, era judío. Pero no se podrá decir lo mismo de Engels y, sobre todo, de Sorel, que amaba tan poco a los hebreos.

El Occidente no se presenta nunca tan desar-

mado ante el Oriente renacido y tormentoso, — agitado por el pensamiento occidental—, como cuando pretende reducir su riqueza espiritual a lo puramente europeo, sea germano o latino. Su defensa exige que la civilización occidental no sea sólo civilización capitalista ni sea sólo civilización romana.

## HERBERT HOOVER Y LA CAMPAÑA REPUBLICANA\*

Mr. Herbert Hoover, candidato del Partido Republicano a la presidencia de los Estados Unidos, dirige su campaña electoral con la misma fría y severa estrategia con que dirigía una campaña económica desde el Ministerio de Comercio o, mejor aún, desde su bufete de **business man**. Es, según parece, el mejor candidato que el Partido Republicano podía enfrentar a Al Smith, quien como ya hemos visto es, a su vez, el mejor candidato que el Partido Demócrata podía escoger entre sus directores. Ningún otro

-----

\* Publicado en **Variedades**, Lima, 3 de Noviembre de 1928.

Producida la elección de Herbert Hoover, éste efectuó una visita a América Latina. Así comentó la revista **Amauta** (Nº 19, noviembre-diciembre de 1928), en la sección "Notas" de "Panorama Móvil" la gira de Hoover y su paso por Lima:

## "LA VISITA DEL SEÑOR HOOVER"

"¿Qué clase de mensaje ha traído a la América Latina el señor Herbert Hoover, presidente electo de los Estados Unidos? El señor Hoover es, ante todo, un hombre de negocios y ha dicho pocas y sobrias palabras. En Lima, ha hablado de la excelencia de la aviación comercial como medio de acercar a los pueblos de América. Su viaje, según propia definición, es un viaje de buena voluntad. El ingeniero y el puritano, el capitalista y el explorador, aparecen siempre en sus gestos y en su lenguaje.

"El señor Hoover ha trabajado en minas de Australia y la China, en finanzas de Europa, en la industria y la administración de Estados Unidos. Le faltaba este viaje a la América latina para redondear su experiencia personal del mundo. Antes de ocupar la presidencia de Estados Unidos, ha querido concluir su aprendizaje Imperialista.

"Porque el señor Hoover, en la presidencia de los Estados Unidos, representa al mismo tiempo que el capitalismo puro, una concepción plenamente Imperialista de la política yanqui. El capitalismo, con esta elección, prescinde de in-

candidato permitiría a los demócratas movilizar a sus votantes con las mismas probabilidades de victoria. Con cualquier otro opositor, el candidato republicano estaría absolutamente seguro de su elección. Los dos grandes partidos confrontan a sus mejores hombres, como se dice, un poco deportivamente, en lenguaje anglo-americano.

Ya he tenido oportunidad de observar cómo eligiendo a Smith, la democracia norteamericana se mantendría más dentro de su tradición, —y por ende se mostraría, en cierto sentido, más conservadora—, que si prefiriese a Hoover, por corresponder Smith al tipo específico de administrador, de gobernante, de estadista, que la república de Washington, Lincoln y Jefferson ha estimado invariablemente como su tipo presidencial, aún dentro de la más rigurosa política imperialista y plutocrática.

-----  
termediarios, en la más típica de sus democracias: no busca ya su jefe de gobierno entre tipos de magistrados, estadistas o profesores, sino directamente entre tipos de industriales y financistas de versación mundial, con servicios en los 5 Continentes. Llegamos a la etapa en que el hombre de Estado se identifica absolutamente con el hombre de negocios.

"El mensaje del señor Hoover no es, por ende, el de sus millones de electores. —que al elegirlo han votado unos por el protestantismo, otros por el prohibicionismo, otros por el mas cuáquero y norteamericano de los candidatos—, ni es siquiera el mensaje del Partido Republicano, que fue el del gran leñador Lincoln y hoy se contenta con ser el de la plutocracia de Wall Strett; es el mensaje de la diplomacia del dólar, la misma cuando habla por boca del señor Coolidge que cuando habla por boca del señor Borah. Cuestión de roles.

"La crónica, si es exacta, registrara que el señorr Hoover encontró en Lima, como es lógico, cortesía oficial, atenciones protocolarias; pero que el pueblo, en todas sus capas, presenció su llegada con la más absoluta y compacta indiferencia. No tenía por qué mostrar otro gesto. Con prisa norteamericana, con velocidad de **recordman**, el señor Hoover quiere llevarse una impresión cinematográfica de la América Latina. Esta impresión debe ser lo mas superficial y física que resulte posible". (N. de los E.)

Hoover procede directamente del estado mayor de la industria y la finanza. Es, personal e inmediatamente, un capitalista, un hombre de negocios. Tiene la formación espiritual más integral y característica de líder industrial y financiero del imperio yanqui. No viene de una facultad de humanidades o de derecho. Es un ingeniero, modelado desde su juventud por la disciplina tecnológica del industrialismo. Hizo, apenas salido de la Universidad, su aprendizaje de colonizador en minas de Australia y de la China. En su madurez, como Director de Auxilios, amplió y completó en Europa su experiencia de los intereses imperiales de los Estados Unidos.

Este último es, al mismo tiempo, el cargo del cual arranca su carrera política. Porque, sin haber pasado por el servicio público y haberse acreditado competente en él, es evidente que ningún **business man** norteamericano, aún en una época de extrema afirmación capitalista, estaría en grado de obtener el voto de sus correligionarios para la presidencia de la República.

Por profesar con entusiasmo y énfasis ilimitados el más norteamericano individualismo, Hoover pertenece, sin duda, a la estirpe del **pioneer**, del colonizador, del capitalista, mucho más que Smith. Su protestantismo hace también de Hoover un hombre de más cabal filiación capitalista. Hoover reivindica, con intransigencia, la doctrina del Estado liberal, contra las proclividades intervencionistas y humanitarias del demócrata Smith. Pero esto, en los tiempos que corren, no importa propiamente fidelidad a la economía liberal clásica. El individualismo de Hoover no es el de la economía de la libre competencia, sino el de la economía del monopolismo, de la cartelización. Contra las empresas, negocios y restricciones estatales Hoover defiende a las grandes empresas particulares. Por su boca, no habla el capitalismo liberal del perío-

do de libre concurrencia, sino el capitalismo de los **trusts** y monopolios.

Hoover es uno de los líderes de la "racionalización de la producción". Como una de sus mayores benemerencias, se recuerda su acción, en el Ministerio de Comercio, para conseguir la máxima economía en la producción industrial, mediante la disminución de los tipos de manufacturas y productos. El más cabal éxito de Hoover, como secretario de Comercio, consiste en haber logrado reducir de 66 a 4 las variedades de adoquines, de 88 a 9 las de grados de asfalto, de 1,351 a 496 las de limas y escofinas, de 78 a 12 las de frazadas, etc. Paradójico destino el del gobernante individualista, en esta edad del capitalismo: trabajar, con todas sus fuerzas, por la estandarización, esto es por un método industrial que reduce al mínimo los tipos de artículos y manufacturas, imponiendo al público y a la vida el mayor ahorro de individualismo.

Quizá igualmente paradójico sea el destino del capitalista e imperialista absoluto en el orden político. Contribuyendo a que el proceso capitalista se cumpla rigurosamente, sin preocupaciones humanitarias y democráticas, sin concesiones oportunistas a la opinión y a la ideología medias, un gobernante del tipo de Hoover, apresurará probablemente mejor que un gobernante del tipo de Smith, el avance de la revolución y, por tanto, la evolución económica y política de la humanidad. La experiencia democrática demagógica de la Europa occidental, parece confirmar plenamente la concepción soreliana de la guerra de clases en la economía y la política. El capitalismo necesita ser, vigorosa y enérgicamente, capitalista. En la medida en que se inspira en sus propios fines, y en que obedece sus propios principios sirve al progreso humano, mucho más que en la medida en que los olvida,

debilitada su voluntad de potencia, disminuido su impulso creador.

Hilferding, el ministro de la social-democracia alemana, —más estimable sin duda como teórico del **Finanzkapital**— decía no hace mucho que, puesto que el capitalismo seguía adelante, no era posible dudar de que se avanzaba hacia la revolución, porque nada es más revolucionario que el capitalismo. El juicio de Hilferding, como conviene a la posición de un reformista algo escéptico, acusa un determinismo demasiado mecanista, incompatible con un verdadero espíritu socialista y revolucionario. Pero, es útil y oportuna su cita en este caso, como elemento de investigación del sino de la candidatura Hoover. Los que en la política norteamericana operan en una dirección revolucionaria, pueden admitir íntimamente que la victoria de Hoover, dentro de un orden de circunstancias que es el más probable en un período de temporal estabilización capitalista, convendría a la transformación final del régimen económico y social del mundo, más que la victoria del demócrata Smith. Pero no les es dado o lícito pensar esto, sino a condición de oponerse con toda su energía, a esa misma victoria de Hoover, aún a trueque de ir al encuentro de la victoria de Smith. Porque la historia quiere que cada cual cumpla, con máxima acción, su propio rol. Y que no haya triunfo sino para los que son capaces de ganarlo con sus propias fuerzas, en inexorable combate.